

Editorial

Entre el manierismo moderno y el neotradicional

Al publicar en nuestras páginas algunos de los últimos proyectos de Eisenman, querríamos señalar los cambios que en el debate arquitectónico se están produciendo.

Eisenman, centrado en los años setenta en la defensa del objeto abstracto, atemporal y atonal, como nos muestra su serie de casas culminada en la House X, nos sorprende ahora en sus escritos y proyectos (estos últimos con Robertson) hablando de la “*memoria y la antimemoria*” de la ciudad de Berlín, de los “*totems*” del centro cívico de Beverly Hills y dibujando el inteligente e interesante proyecto urbano para Washington.

Jencks, por otro lado, en el reciente número AD, “*Abstract/Representation*” abandona anteriores clasificaciones para proponer otra, la *representación abstracta, que evite que “la nueva representación (antes postmodernos) se convierta en no más que una imagen y que la nueva abstracción (antes neorracionalistas) mantenga su tendencia a permanecer incomprendible o falta de atractivo”*.

Entre estas fluctuaciones de intereses una arquitectura con clara influencia de la vanguardia pero alejada del denominador *tardomoderno* parece cobrar fuerza.

¿Se tratará de la venganza del moderno después de la venganza del historiador?

Sin duda la arquitectura *contramodernista* propugnada por Jencks en los últimos años, ha sido la última fase de la *querrela* establecida por las vanguardias contra lo antiguo o meramente tradicional. Por ello, al lenguaje de estas últimas (recuérdese la fragilidad y abstracción del cerramiento, la ornamentación aplicada disuelta en el detalle constructivo, la objetualización de la arquitectura que disuelve su figura para ser forma y espacio, el desarraigo del edificio sobre pilotes, los desbordantes planos neoplásticos, la explosión constructivista...), se intentó contraponer —como ahora reconoce implícitamente Jencks— *imágenes* del pasado.

(No deja de ser significativo que lo más atractivo del posmodernismo de Jencks y Stern se haya producido siempre en arquitecturas efímeras o irónicas: quizá sea lo único que se puede hacer con las columnas y los capiteles, salvadas las circunstancias concretas de algún proyecto específico).

Quedó centrado el debate, fundamentalmente, sobre los problemas de la *abstracción-representación* y la *atemporalidad-historicidad* como piedras de toque con las que contar las filas de uno y otro bando: posmodernista y tardomoderno. Sin embargo, para las generaciones más jóvenes esta disyuntiva carece hoy de sentido. Criados en el modernismo —la arquitectura y el arte de sus padres— contemplan éste como otro episodio histórico más, no a combatir sino a conocer.

Lejos y agotada la polémica de la historia —en parte por ser ya historia— la figuración de la arquitectura moderna parece resurgir en las publicaciones nacionales e internacionales. Los Siza, Navarro Baldeweg, Piñón y Viaplana... Torres Nadal, por centrarnos en la península ibérica, representarían dignamente esta actitud que podríamos llamar *manierismo de lo moderno*. De este último tomarían la iconografía, los hallaz-

gos plásticos de la modernidad, pero con un carácter profundamente crítico. Si abstracción y atemporalidad eran dos de las cualidades que unían el Período Heroico y el Internacional Style, la segunda de éstas ha desaparecido y la primera se ha transformado. Se ha disuelto por completo la pretendida autonomía del objeto con respecto al lugar y al tiempo, y busca ahora enraizarse tanto a través de la memoria como de la metáfora, construir aquí *este* proyecto y no otro.

El lenguaje abstracto es utilizado exclusivamente en cuanto a voluntaria y gratificante elección de un estilo. Volverá a tener figura lo que pretendía ser sólo forma, la “*fenetre en longueur*” recibirá la misma consideración que una ventana termal, las normas de descentralización y asimetría serán sensiblemente manejadas para evidenciar que la forma sigue metafóricamente a la función plástica..., incluso la construcción —con modernos materiales y sinceros detalles— se somete a la obligación de convertirse en ornamentación del edificio.

Queda pues, un lenguaje y una forma de operar; pero ahora esta arquitectura, contra el silencio de su predecesora, narra historias por medio de figuras abstractas y modernas donde las formas geométricas, el valor de la luz, los materiales actuales, etc., se unen a las alusiones históricas filtradas a través de una sensibilidad moderna en muchas ocasiones hasta perversa.

Junto a esta actitud podemos encontrar otra que se siente menos atraída —o quizás más recelosa— por la última herencia de la modernidad triunfante. Nos referimos a aquellos que podríamos calificar —valga la paradoja— de *neotradicionales*.

Para ellos la firmeza, utilidad y belleza se encuentra más en la garantía que las soluciones contrastadas de la historia de la arquitectura ofrecen que en la plástica y construcción experimental de lo moderno.

Frente al muro fino, la planta libre, el plano abstracto y la atractiva volumetría del espacio, oponen la crujía, el muro y la composición estable de la arquitectura. Este mirar atrás —que por supuesto incluye en su revisión a la modernidad triunfante y sus heterodoxias— no es, como en el caso de los *contramodernos*, una contemplación melancólica, un intento de suspender el tiempo o invertir su marcha, sino una selección inteligente y pragmática de soluciones más intemporales, seguras y severas. Se diría que interesa la *operación* y no tanto la figuración.

Acometen estos arquitectos una tarea, no por obvia menos interesante, que es demostrar con sus propias realizaciones que los problemas funcionales y constructivos de hoy no encuentran necesariamente su mejor resolución en la forma de acometerlos de la plástica moderna, como ya lo hizo brillantemente el arquitecto madrileño Secundino Zuazo en los años treinta.

Creemos que entre estas dos actitudes —neotradición y manierismo moderno— se está desarrollando la mejor arquitectura actual alejada de todo dogmatismo y de la vieja querrela sobre la historia. Si en este número predomina la primera actitud, esperamos que en otros quede reflejada la segunda: reconstruir la tradición no es tarea fácil.